



Por Juan Moneva
Catedrático de la Universidad de Zaragoza

A mí, que no soy Arquitecto, aunque bien consta a cuantos me conocen cómo he amado la Arquitectura, pues a ella dediqué un hijo, me toca hoy biografiar en esta Revista dos arquitectos aragoneses. Yo los elegí, como pude elegir otros; muy valiosos los ha tenido Aragón: Lampérez, Aladrén, una larga estirpe de Yarzas, otra de Bravos...; pero elegí los que aquí siguen, con motivo, meditamente; mejor que por sus nombres de bautismo y de familia, pude designarlos así:

LA FUERZA. LA IDEA

No faltó espiritualidad a Magdalena ni estática a Félix Navarro; pero Magdalena parecía empeñado siempre en construir fábricas que a

simple vista ofreciesen la seguridad de su permanencia inderrocable; Navarro prefería las formas ligeras, y hubiera construido, a ser posible, con aire en vez de piedra, ladrillo o cemento. Quien visita la Casa de Medicina y Ciencias o la de Museos de Zaragoza, se forma desde luego, y va ratificando después, la impresión de que allí hay edificio para siglos. Cuando Félix Navarro enseñaba su Teatro de Pignatelli, no era inútil que dijese a sus acompañantes:

—Les aseguro a ustedes que está seguro.

Porque aquella construcción parecía hecha de cartulina y plumas de ave.

Y, hecho aquel teatro para diez temporadas estivales, duró cuarenta años.

DON RICARDO MAGDALENA Y TABUENCA

ARQUITECTO ARAGONES

Blas Ricardo Magdalena y Tabuenca, nacido en Zaragoza día 3 de febrero de 1849, de donde vino su primer nombre, por el cual nadie lo conoció, puede ser llamado un señor «municipal» de Zaragoza. A lo largo de esta biografía que ahora comienzo iré explicando ese adjetivo, el cual contiene una virtud selecta y rara.

Huérfano muy niño aún, indotado, hubo de instruirse en una Escuela «municipal» de Zaragoza; por méritos probados en ella, el Ayuntamiento de la Ciudad costeó sus estudios ulteriores; tuvo aquel alumno, demás de la virtud del trabajo y de la claridad del entendimiento para aprender lo que le enseñaban curso tras curso, el acierto de la vocación; aquí podía cursar Filosofía y Letras, Jurisprudencia o Medicina; él quiso estudiar Arquitectura. Hubo, pues, de ir a Madrid, a costa de más molestias y de más dispendios; él, quien tenía aquí su casa, aunque modesta, y disponía de una pensión poco abundante.

Acertó. Había en él todas las cualidades que convienen a un Ar-

quitecto: Arquitectura es la Primera Noble Arte; él era un artista precisamente serio, propio para idear, dirigir, ultimar nobles obras de arte, edificar artísticamente.

Su amigo y eficaz admirador, el rector Hernández y Fajarnés, decía de él: «Magdalena es el primer lápiz de Aragón»; la frase era poco afortunada pero verísima, porque lo que Magdalena dibujaba para cualquier proyecto arquitectural era siempre una belleza; lo demuestra cada obra suya que ha quedado.

Se inició aquí como Arquitecto «municipal», acabando en el año de 1885, el año de la epidemia asiática, el Macelo «municipal» de Montemolín, substitución urgente de un repugnante matadero que la Ciudad usaba en el Arrabal. Tenía entonces Zaragoza 85.000 habitantes; tiene ahora 262.042, y aun no nota insuficiencia en el Macelo de Montemolín para las necesidades demográficas de ahora.

Tiene la Noble Arte de la Arquitectura un verbo, primario suyo,

de varias acepciones, que no es para pronunciado sin emoción: «edificar», construir algo permanente que ha de durar más que sus autores; que puede servir de modelo para sus similares; que ofrece un ejemplo permanente a la meritoria imitación. De esta acepción se deriva, en Moral, otra sublime: causar con el ejemplo de la óptima conducta propia, la mejora de la conducta ajena; todos los profesionales, no los que menos los Arquitectos, pueden edificar así, más que con materiales y herramientas.

Corren como axiomáticos entre todos los que se dedican al arte de la construcción estos cuatro carismas de toda labor arquitectural: belleza, solidez, utilidad, economía.

Descuento, para lo que estoy tratando, los dos últimos; nadie edifica cosa inútil, ni gasta en una obra de Arquitectura más de lo que tiene, conque toda obra tiende a ser útil y es económica, o, después de existir se hace tal, en daño de quien erró creándola.

Belleza y solidez caracterizaron siempre las obras de Ricardo Magdalena.

Su lápiz—aquél del cual hablaba Fajarnés—producía en el plano de los proyectos bellezas que seguían siéndolo en la piedra, o en el ladrillo, o en el hierro, o en el bronce de sus fábricas; y jamás cayó en error por defecto en la resistencia de los materiales o en el insuficiente apoyo de las cargas o contrarresto de los empujes en sus construcciones. Nunca padeció la desgracia ni la afrenta de que se hundiese o, de otro modo, se estropease una obra suya.

Un día, su amigo íntimo y admirador idólatra, el doctor Joaquín Gimeno y Fernández-Vizorra, catedrático de la Facultad de Medicina de Zaragoza y autor del «callejismo» en el claustro de la Universidad, le dió el encargo siguiente:

—Me vas a hacer cuanto antes un proyecto de edificio para las Facultades de Medicina y Ciencias, con otro adjunto para Hospital clínico. Yo te daré seguidamente el pliego de necesidades para Medicina; pide tú a Bruno Solano el de Ciencias; y tráeme lo antes posible planos, Memoria y Presupuestos.

Aquello era marchar al revés: hacer aquel proyecto para una obra pública y cara, no aprobada por el Gobierno ni dotada en el presupuesto de gastos del Estado, ni siquiera solicitada por la Universidad. Aun así, Magdalena hizo el proyecto, que años después fué, y sigue

siendo aún la más gallarda obra de Arquitectura civil de Aragón desde el siglo xvi.

Aquella tramitación del expediente por Joaquín Gimeno, opuesta a la reglamentaria y habitual, tuvo pleno, famoso éxito. Con aquellos apuntes gráficos y aquellas cifras, Gimeno fué a Calleja, Calleja a Sagasta, Sagasta al Consejo de Ministros, y muy pronto pudieron saber la ciudad de Zaragoza, la Diputación, la Universidad, sus Facultades de Medicina y Ciencias, que había un acuerdo del Gobierno para construir en Zaragoza un edificio para aquellas dos Facultades, con otro adjunto e independiente para Hospital clínico, y que, para ese fin, el Presupuesto de Gastos del Ministerio de Fomento incluía en los del año siguiente 3.500.000 pesetas.

No tuvo que hacer Magdalena, más bien su oficina de delineantes y escribientes, sino poner en limpio lo ya entregado en borrador y croquis, detallado por la colección de estatuas, bustos, medallones de sabios, principalmente aragoneses, y de símbolos de Ciencias y Artes, aconsejados por el gran erudito Hilarión Gimeno y Fernández Vizorra, hermano de Joaquín, y una inscripción latina compuesta por el mismo rector Hernández y Fajarnés:

STVDIO MEDICINAE FOVENDO NATVRAE ARCANVM PENITIVS VESTIGANDIS

Algo más dice la inscripción; el mismo autor de ella lo agregó después.

Había ya que elegir solar para aquel edificio. El Ayuntamiento abrió concurso; le fueron ofrecidos varios: uno, el huerto del convento de la Encarnación, contiguo al Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, lo que, por esta vecindad, parecía más adecuado; otro, el campo de Lezcano, fronterizo de la Huerva, perpendicular al eje del salón de Santa Engracia; éste se oponía a la aspiración de los zaragozanos de dos generaciones: continuar en línea recta el dicho salón hasta la Almenara del Pilar, paso superior del Canal Imperial de Aragón sobre Huerva.

Por ese solar se decidió Joaquín Gimeno, fundado en que el Proyecto de Magdalena era tan admirable que merecía que ante él se detuviese la Ciudad a contemplarlo. Gimeno, no sin lucha, triunfaba siempre en las Corporaciones donde actuaba... y triunfó entonces; el Ayun-



El arquitecto don Ricardo Magdalena

tamiento acordó adquirir, para solar de la proyectada Casa de Medicina y Ciencias, el «Campo de Lezcano».

Día 21 de marzo de 1887, a las diez de la mañana, el gobernador civil, Montes y Sierra, puso la primera piedra del edificio, aclamando a la Reina (Regente), a Aragón, a la Universidad de Zaragoza y a la Ciudad de Zaragoza. Día 18 de octubre de 1893, Moret, ministro de Fomento, inauguró los nuevos locales, y, seguidamente, comenzaron en ellos las enseñanzas que, seguidas desde entonces, aún continúan.

En 1896 tuvo Magdalena el triste encargo de derribar la Torre Nueva: no hubo en toda aquella labor un accidente del trabajo.

Magdalena cuidó dejar sobre el terreno, señalado por una cinta de ladrillos a rasante del suelo, el contorno de la torre; aún existe, en parte, con que se entiende que en parte ha desaparecido.

Por aquellos años proyectó y dirigió don Ricardo dos conventos de religiosas: el de las Hermanitas de los Pobres, costeado en su mayor parte por el marqués don Vicente—de la casa de Montemuzo—, y el convento que aquí dicen, sin motivo, «de las Reparadoras», y es de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

La llegada de las fechas conmemorativas de la Francesada causó en Magdalena, ya viejo y enfermo, una obligada crisis de actividad inventiva y ejecutiva; precisaba ubicar en la Huerta de Santa Engracia la Exposición Hispanofrancesa; de los edificios mandados construir por la ley del día de San Sebastián de 1908, le tocó proyectar uno, no completo; fué la Casa de Museos (el Arqueológico, el Artístico, el Comercial; una parte, la mayor, fué de Magdalena; hizo allí una fantasía de la perdida «Casa» zaragozana «de Zaporta» o «de la Infanta», que ya entonces estaba, vendida, en París; la otra parte—la escalera—fué encargada a Julio Bravo y Folch, Arquitecto provincial; pero Magdalena hubo, además, de proyectar y dirigir la construcción del Casino y Teatro de la Exposición, del Pabellón de Alimentación, del de Maquinaria, y distribuir instalaciones en los edificios y hasta puestos en el Campo de Atracciones.

No había entonces en las oficinas municipales ingenieros de ninguna especie, conque en el Arquitecto municipal recaía todo lo relativo a vías públicas, aguas, jardines y, además, cuantas necesidades y conveniencias accidentales eran de atender; año de 1902 dispuso la ciudad restablecer la bandera que en el año 1717 le había quemado el Rey Don Felipe III de Aragón—Felipe, duque de Anjou—; dimos, extraoficialmente, las indicaciones históricas y heráldicas para ello Máximo Quinto y yo, por medio de Rafael Pamplona y Escudero, promotor de la idea en el Salón de sesiones; pero Magdalena hubo de discurrir y proyectar la lanza del remate; encargos de ésta y otras clases había para él en todo festejo o acto extraordinario de la Ciudad; nunca he visto interpretar tan ampliamente un contrato de obras y servicios en contra del sirviente, como el de «Arquitectura municipal de Zaragoza» cuando lo servía don Ricardo Magdalena.

Ocurrió al Ayuntamiento de Zaragoza, al comenzar este siglo, siendo Alcalde don Amado Laguna de Rins y Fumanal, disponer la Lonja de la Ciudad, inútil hacía más de dos siglos a sus primarios fines, para fiestas solemnes, con aprovechamiento de todo su ámbito. Magdalena hizo el proyecto poniendo la presidencia a la altura del escudo imperial, del lado de la calle; palcos y muy amplias galerías en todo el contorno, patio de butacas en el firme. Allí fueron celebrados espléndidamente los Juegos Florales de 1904, dedicados a la memoria del Rey Don Jaime I, en donde fué Mantenedor el barón de Tourtoulan y estuvieron representadas la ciudad de Mounpelié, Barcelona, Tarragona, Reus, Lórida, Gerona, Ciutat de Mallorca, Valencia, Alicante, Castellón de la Plana, Pamplona, Soria, las catorce ciudades aragonesas y todas las Diputaciones de Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares...

Años después, otro Ayuntamiento dispuso volver la Lonja a su sencillez primitiva, y Magdalena hubo de deshacer metódicamente lo que había hecho.

Año de 1890, el Cabildo Catedral le encargó disponer para el Congreso Católico el fondo trascoral de la iglesia de la Seo, dándole para ello madera y terciopelo rojo a discreción y los tapices catedralicios. Los días del Congreso, el Cabildo haría sus cultos en la Sala Capitular.

Magdalena situó la presidencia en alto, en la puerta de la Pabostría; la tribuna, enfrente, poco menos alta que el dosel de la capilla del Santo Cristo; palcos a banda y banda, y dejó todo el firme, copioso de asientos, para los congresistas y la Prensa. Acabado aquel Congreso día 9 de octubre, la víspera del Pilar ya el templo estaba como antes del comienzo de aquellas obras.

Cada año, para las fiestas del Pilar, don Ricardo se veía en el caso de crear una o más fuentes, a veces con surtidores coloreados; alguna para que manase vino, lo cual no cabía tomar de la cañería general; y aun otra, que arrojase hierro fundido. En aquel año de 1904, en el cual fué inaugurado el monumento a los Héroes y a los Mártires, obra arquitectural de Magdalena, con esculturas de Querol, mezcla inadecuada, por incompatibles las ideas y por anacrónicos los personajes, lo cual dió lugar a mártires con escopeta, como allí se ven aún, Magdalena hubo de proyectar en la misma plaza, sobre el terreno que había ocupado la fuente de la Princesa o de Neptuno, un castillo sin aplicación práctica; la malicia dijo que aquel Ayuntamiento se había propuesto arteramente, con aquel festejo sin substancia, quitar visualidad a la inauguración del monumento a los Mártires. Viví yo intensamente aquellos días tratando con los principales gestores de todos aquellos sucesos, y hallé ser aquel rumor muy extenso pero nada fundado. Saqué entonces por consecuencia, y sostengo ahora, cómo la gente calumnia con facilidad y ligereza a las Corporaciones, pues, como no pueden referirse verazmente a personas individuales nominadas, achacan la mala especie a «un Regidor», «un Diputado», «un Claustal», «un Capitular» o «un Socio», sin puntualizar quién fuese tal sujeto; y ha sido ninguno.

Del año del cólera provino la idea de dar expresión plástica y luminosa al Santo Rosario del Pilar. Magdalena ideó primero una forma analítica; un farol por cada *Pater, Ave, Gloria*, invocaciones de la Letanía lauretana; en total, 237 faroles; después una forma sintética: un farol por cada Misterio; en total, 15; distinguida cada parte del Rosario, en ambas series, por los colores azul, violeta, rojo.

Hizo también otros modelos para otras poblaciones; ejecutó sus proyectos el hojalatero y vidriero León Quintana y Bianchi; muerto éste, su hijo Rogelio, aún viviente ahora.

Una de las gestas zaragozanas más dignas de gloriosa celebración fué la creación de la Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza; nació la idea de una reunión de amigos accidental, sin plazos fijos, sin lugar constante, sin censo limitado; se juntaban unas veces en el despacho del bazar de los Giles, otras en el salón de tertulia de la Diputación, otras en el café de París; los reunidos eran Antonio García Gil, Faustino Sancho y Gil, Bruno Solano y Torres, Sebastián Monserrat y Bondía, Félix Cerrada y Martín...; acaso omito alguno; será por falta de memoria, no de voluntad; de ellos pasó la idea al rector Hernández y Fajarnés; éste la articuló en bases y la presentó al Consejo universitario; bien informada por éste, fué enviada al Ministerio de Fomento; de allí volvió hecha Real Decreto; Fajarnés aumentó su leyenda latina destinada a la escocia de la escalera noble de la Casa de Medicina y Ciencias con estas cinco palabras más:

ARTIBVS MECHANICIS IN VVLGVS PROMOVENDIS

y hubo seguidamente en los bajos de aquella Casa de la Sabiduría una Escuela de Artesanos autónoma, toda aragonesa; de ella fué Magdalena, desde luego, profesor de Dibujo; más tarde, hasta su muerte, Director.

Pero mucho antes, ya en el comienzo de su actuación profesional, era don Ricardo, desde su oficina del Ayuntamiento, o desde su casa, o en la calle misma, profesor y aun director de una Escuela de Artes y Oficios, a un mismo tiempo inexistente y enseñadora.

Creía don Ricardo, y tenía razón, que todo Arquitecto necesita, para asegurar la eficacia de sus proyectos, un amplio equipo de artistas, artesanos y obreros que le den materiales elaborados para sus edificios: escultores, y fomentó cuanto pudo a Dionisio Lasuén; herógrafos—marmolistas les dice la gente y aun se dicen ellos mismos—, y suscitó a Beltrán; artesanos del hierro, y dió impulso a Martín Rizo y formó a Pascual González; ebanistas, y dió aliento y normas a los otros González, quien tuvieron muchos años su exposición de muebles de lujo en los bajos de la casa de Ricatallada, esquina izquierda de San Jorge con Jaime I; vidrieros, y adiestró y aprovechó a León Quintana y Bianchi, a quien ya he aludido.

Por eso he dicho al comienzo que Magdalena fué un señor «municipal»; a pocos, acaso a nadie, deberá tanto como a él el Municipio de Zaragoza. Pensionado «municipal», al cual favor correspondió él con brillantes estudios; Arquitecto «municipal» muy pronto; seguidamente, su actividad multiforme y abundante fué empleada toda en servicio y fomento de Zaragoza; y esto mientras él vivió; lo mismo que era capaz de proyectar un edificio, lo era de proyectar una joya

de orfebrería con que la Ciudad hubiese de obsequiar a alguien, o el puño de un bastón de mando, o el dibujo para bordar en oro, plata y sedas una capa pluvial.

Llegó pronto su fama al Gobierno de Madrid, y el Ministerio de Fomento lo nombró Arquitecto del Estado en la región tarraconense, en la cual están Aragón y Cataluña; por eso intervino en la restauración de la Colegiata de Santa María, de Calatayud; del Monasterio de San Pedro el Viejo, de Huesca; del de Santa Cruz, del de Poblet.

En San Pedro el Viejo, de Huesca, padeció don Ricardo un error grave, que no conocieron entonces ni quienes le habían dado tal encargo; completó el claustró románico mediante figuras, arcos y columnas como hubieran podido hacerlos los artífices del siglo XII; conque no fué aquella restauración, sino *pastiche*; debió simplemente conservar lo que allí quedaba, volver a su lugar las piedras que lo habían perdido y sostenerlo todo mediante soportes y tizones sin labra artística. Obró entonces don Ricardo conforme al sentido común, pero contra la técnica recibida como costumbre por los arqueólogos restauradores.

Queda por tratar lo principal de Magdalena; fué llanamente un hombre honrado.

Poco parece decir de él eso: no es sino mucho.

La gente, descubriendo así su vicio de codiciosa, reduce la honradez al séptimo mandamiento; hay otros nueve, y la gente los desdena; y con amenaza de conflicto apremian a que los pronuncien honrados, pues que no roban, el mal hijo, el mal padre, el pendenciero, el maldiciente, el lascivo, el adúltero, el intrigante contra su prójimo.

Nada de eso fué Magdalena.

Casó día 11 de noviembre de 1896, con doña María de los Dolores Gallifa, hija de un impresor de gran renombre en la tipografía zaragozana del Ochocientos; tuvo muchos hijos, alguno murió joven; el mayor fué arquitecto; y lo es el hijo mayor de este hijo; todos con el mismo nombre de pila: Ricardo Magdalena y Tabuenca; —y Gallifa; —y Gayán.

Trabajaba don Ricardo en medio de sus familiares, sin que movi-

mientos ni murmullos de aquella juventud inquieta le estorbaran; si le estorbaban, no lo daba a entender, no lo impedía, no preparaba para el día siguiente silencio y quietud en torno de él; sus proyectos fueron elaborados desde el principio hasta el fin en medio de aquella chiquillería, o de aquellos diálogos amorosos cuando sus hijas ya trataron así con quienes después han sido sus cónyuges.

Murió don Ricardo a los sesenta y un años, agotado por el esfuerzo de su labor, una de las más intensas que aquí hemos conocido. Era titular, medalla número 12, de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza; correspondiente de la de San Fernando, de Madrid; y nada más. En las esquelas avisadoras de su defunción no cupo llamarlo Excelentísimo ni aun Ilustrísimo señor; los mismos altos personajes de la política que lo alababan no se acordaron de darle una Gran Cruz, ni siquiera una Encomienda.

Ni le hizo falta, porque todos los que sabían de él lo afirmaban ilustre y excelente, conceptos más valiosos que sus superlativos comenzados por respectivas letras mayúsculas.

La ciudad hizo a don Ricardo Magdalena y Tabuenca, muerto en 28 de marzo de 1910, magnífico entierro; después incurrió en el error muy generalizado, por eso vulgar y de mal gusto, de que los nombres de las calles valgan para honrar a Santos, héroes y óptimos ciudadanos; llamó calle «del arquitecto Magdalena» a una que no necesitaba tal nombre ni casi lo admitía, pues era, y sigue siendo, evidente prolongación de la calle de Santa Catalina, y su lado de los pares es todo y sólo el convento de esa advocación.

Bueno, escultor zaragozano, le hizo un buen busto, adornado en su plinto por la vista de la Casa de Medicina y Ciencias, indudablemente la mejor obra de don Ricardo; y obsequió con ello a la familia del difunto; ésta lo guarda.

Alguien quiso que un busto de Magdalena centrarse el amplio vestíbulo de la dicha Casa universitaria; no fué atendido; y será difícil que aquella voz vuelva a sonar con eficacia para hacer triunfar la misma idea.

Facultad de Medicina y Ciencias, de Zaragoza

